

Los años invisibles
Rodrigo Hasbún
La Paz: El Cuervo, 2019

Alejandra Canedo
Universidad Mayor de San Andrés

La novela, como se sabe, es el género literario que, entre otras cosas, documenta la degradación de lo humano; *Los años invisibles* (El Cuervo, 2019) también lo hace, con la peculiaridad de que dicha degradación comienza en una época en la que, se supone, comienza la vida: la adolescencia. En efecto, Rodrigo Hasbún narra la degradación emocional y física de un grupo de estudiantes de la clase media-alta cochabambina. Su libro está compuesto de dos momentos (narrados intercaladamente): el primero es un lejano marzo de los años noventa, cuando los personajes son estudiantes de colegio y están llenos de proyectos para sus vidas. Aquí, Andrea y Ladislao son los protagonistas; ella es una de las chicas más lindas e inteligentes del curso, según el narrador, y quiere deshacerse de un embarazo no conveniente en ese momento inicial de su vida. Ladislao mantiene una relación amorosa con su profesora de inglés, que lo marcará hasta el final de su vida; por otro lado, este personaje admira al director de cine Jonas Mekas e intenta filmar su cotidianidad como lo hiciera dicho director; este deseo es, de alguna manera, un guiño metaficcional, pues la novela intenta hacer lo mismo con la escritura, es decir, narrar la intimidad de algunos de los personajes en su más cotidiano vivir.

El segundo momento del libro narra el encuentro de Andrea y Julián en Houston, cuando todos los adolescentes ya se acercan a los cuarenta y estos dos personajes viven en Estados Unidos. Ahí nos enteramos de que Julián es el que narra todo el primer momento del libro, pues se ha convertido en escritor y decide explorar, con la escritura, aquella época que marcó a todos sus compañeros.

Entonces, este personaje-autor recrea a Ladislao y a Andrea adolescentes y pone en tensión la relación entre la ficción y la realidad. En dicha tensión, el tiempo es muy importante, pues juega con los personajes y con el propio narrador-autor, en tanto que el pasado, por un lado, está arbitrariamente ficcionalizado por Julián y, por otro, tiene una silueta sin límites definidos, es una nebulosa medio bestial que solo puede ser alcanzada por la ficción. Y, sin embargo, esa nebulosa atrapa al lector dentro de una cápsula de tiempo –por así decir– hasta que al final del libro le estalla en su presente de lectura; en otras palabras, Hasbún tiene la habilidad de retener a su lector, hasta lograr entender cuál fue el abismo que se tragó a esos personajes adolescentes, hasta saber por qué a Andrea y a Julián se los percibe tan melancólicos en ese reencuentro de adultos.

En ese marco, cuando son adolescentes, Andrea percibe su realidad como en sueños, tiene la “sensación de sueño invocando peligro” (p. 25) y Ladislao, por su parte, está tan enamorado de su profesora, que siente que todo lo que está a su alrededor es irreal; de hecho, el cine –léase la ficción– se hace más real que su vida: es “incapaz de ignorar la sensación de que él y Joan son menos reales que los personajes de la peli” (p. 21). Toda esta irrealidad se ancla en algo concreto solamente cuando el cuerpo (y en particular sus fluidos) tiene algo que ver en la historia. Por ejemplo, el análisis de sangre para el embarazo de Andrea señala que en ella hay algo innegable (p. 23), o el pis de Joan, que Julián escucha desde la otra habitación presintiendo que “algo se ha puesto en marcha (...) algo que persistirá mientras todo lo demás se pierda” (p. 22); otros ejemplos de esta concreción de la realidad en desmedro de la ficción, y en el espacio del tiempo pasado, tienen que ver con el sexo; y es que, como se dice a sí mismo Ladislao, “es obvio que la vida es una cosa y los cuerpos, otra” (p. 57).

En el momento del encuentro en Houston, en cambio, la tensión ficción-realidad y la percepción del tiempo que la acompaña se hace más interesante, pues uno de los personajes de la obra, Andrea, es quien cuestiona la historia narrada en la propia novela: ella le dice a Julián que en su relato de aquellos años “hay demasiada literatura” (p. 72). De esta forma, el pasado deja de ser el lugar seguro al que se regresa con nostalgia, como quisiera Julián; y deja de ser ese espacio no solo porque en el pasado está el origen de la degradación de estos personajes, sino también porque se trata de un espacio sin respuestas (p. 79), sin formas delimitadas. En efecto, Andrea le reclama a su compañero –ahora escritor– que no ponga en duda lo que está contando, cuestiona el que no desconfíe de su versión de los hechos ni de las subjetividades que construye para sus personajes. Todo este reclamo disuelve o pone en cuestión no solo el pasado narrado de los personajes, sino también la novela como tal, pues resulta ser la propia escritura (un personaje) la que la

niega y, a la vez, presenciamos el presente (el encuentro en Houston) a través de los ojos del mismo que narra el primer momento del texto.

Para cerrar, hay que señalar que la novela tiene algunas debilidades; señalo solamente una (por razones de espacio): el tratamiento de la denuncia social. Mediante Rigoberta, empleada de Andera, el autor hace aproximaciones fáciles al tema, que resultan forzadas en el contexto del libro y que terminan siendo superficiales. Otro tanto sucede con las consignas enlatadas de Joan a este respecto.

Más allá de eso, cabe apuntar, finalmente, que *Los años invisibles* vendría a ser una especie de catarsis de la época que dio inicio a la degradación de sus personajes. Como se dijo, esa catarsis se pone en cuestión a sí misma, pues trata de acercarse por medio de la ficción a un pasado que se constituye, también, como ficción. El lector se encuentra, entonces, en un terreno que carece de solidez, lo que, paradójicamente, se convierte en una potente fuerza de atracción. Es como si, a través de la ficción de la ficción, nos estuviéramos adentrando en un inconsciente donde habita un monstruo, que da origen a algo que es mejor que quede invisibilizado.